

EL ESPIRITU SANTO

Jesús está para terminar su misión en la tierra. En la víspera del día solemne de la Pascua, Nuestro Señor se reúne por última vez con los discípulos, antes de consumir su misión redentora y volver al Padre. *Hijitos míos* —les dice—, *por un poco de tiempo aún estoy con vosotros. Vosotros me buscaréis, y así como dije a los judíos: adonde yo voy, no podéis venir vosotros, eso mismo digo a vosotros ahora* ¹.

Ha llegado el momento de la despedida, y la voz del Maestro irrumpe en acentos de amor hacia sus discípulos, y hacia los que vendrán después. *Hijitos míos...* El Señor vuelca su cariño en los Apóstoles, que le escuchan apenados por el dolor de su marcha: *no se turbe vuestro corazón* ². De nuevo, la voz amorosa de Jesús consuela el ánimo de los que estaban entristecidos: *si me amáis, observad mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente* ³.

Es la promesa que se cumplirá el día de Pentecostés: los discípulos pueden quedarse seguros, no hay lugar para las lágrimas, que aunque el Señor se va, vendrá el Consolador, el Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Trinidad Beatísima.

(1) *Ioann.* XIII, 33.

(2) *Ioann.* XIV, 1.

(3) *Ioann.* XIV, 15-16.

El Espíritu Santo, Dios con el Padre y con el Hijo

En su discurso de despedida, Jesús conforta el ánimo de los Apóstoles, revelándoles quizá de un modo más explícito que nunca el misterio más alto y sublime de nuestra religión: la existencia en Dios de tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Antes de la venida de Cristo, ninguno había sospechado siquiera la existencia del misterio. Delante de los demás Apóstoles, Pedro reconoció al Señor como el Hijo de Dios: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* ⁴. Después de esta revelación hecha a Pedro, los Apóstoles guardaron en el corazón que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios, consustancial al Padre; pero nada sabían apenas del Espíritu Santo, el *Gran Desconocido*. Quizá entonces, al escuchar las palabras del Maestro que les habla del Espíritu de Dios, se acordaron de aquel pasaje del Antiguo Testamento: *Yo infundiré en vosotros el Espíritu, y viviréis (...). Y conoceréis que yo soy el Señor cuando os diere mi Espíritu, y tendréis vida* ⁵.

Las palabras del Señor son claras, explícitas, aunque los discípulos no alcanzaran a comprender todavía todo su significado. Sólo después de su Resurrección, Jesús les abrió el entendimiento para que penetraran en el sentido de las Escrituras ⁶.

El Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Es Dios, consustancial al Padre y al Hijo, y al mismo tiempo una Persona distinta de las otras dos. Hay un solo Dios, una única Esencia divina, pero son tres las Personas que subsisten en esta Esencia; y entre las tres divinas Personas no hay otra distinción que la que nace de las mutuas relaciones, fundamentadas en las procesiones intratrinitarias. *El Padre por nadie fue hecho, ni creado, ni engendrado. El Hijo no fue hecho, ni creado, sino engendrado por el Padre. El Espíritu Santo no fue hecho ni creado ni engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo* ⁷.

(4) Matth. XVI, 15.

(5) Ezech. XXXVII, 1-4.

(6) Cfr. Luc. XXIV, 45.

(7) Símbolo Quicumque, 21-23, Denz. 16 (72).

Así como la procesión del Hijo se entiende mejor acudiendo a la analogía de la mente cuando produce la palabra interior en la que expresa su conocimiento —y así, Dios, conociendo su propia Esencia, engendra el Hijo—, así también, basándose en los nombres y misiones que en la Sagrada Escritura se atribuyen al Espíritu Santo, se ha explicado su procesión del Padre y del Hijo por la operación interna de la Voluntad divina. *Deus caritas est* ⁸, Dios es caridad, amor. El Padre ama al Hijo, y el Hijo al Padre, en un único acto de amor, eterno e infinito, por el que es espirado el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios es el mismo Amor subsistente, vínculo que une al Padre y al Hijo en la unidad de la Trinidad Divina: *el Espíritu Santo, en cuanto es amor, es nexa del Padre con el Hijo* ⁹.

La misión del Paráclito

Este Espíritu Santo es el que promete Jesús a los Apóstoles. Les ha encomendado la misión de predicar por toda la tierra la doctrina que les ha entregado, sin cambiarla en un ápice, conservándola íntegra, tal como la recibieron. En esta misión, los Apóstoles no estarán solos. Jesucristo ya habrá vuelto al Padre, pero les enviará el Espíritu Santo para que les acompañe doquiera vayan; y El, *el Espíritu Santo que mi Padre enviará en mi nombre* —les promete el Señor—, *os lo enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas* ¹⁰.

Sabía bien Jesús que no basta la predicación de la palabra para extender el Reino de Dios. Muchos fueron los prodigios que El hizo en la tierra y, sin embargo, tantos testigos oculares no creyeron, *porque ellos viendo no miran, y oyendo no escuchan, ni entienden* ¹¹. Para recibir la gracia interior de la fe y de la caridad, hace falta la buena disposición interior, la preparación adecuada del entendimiento y de la voluntad.

(8) I Joann. II, 16.

(9) Santo Tomás, S. Th., I, q. 37, a. 1 ad 3.

(10) Joann. XIV, 25-26.

(11) Matth. XIII, 13.

Misión del Espíritu Santo es mover el interior del corazón de los hombres, despejar las nubes de la inteligencia; así que el Señor promete que *"El mismo os lo enseñará"*, porque, si el mismo Espíritu no asiste interiormente al corazón del que oye, de nada sirve la palabra del que enseña ¹².

La promesa de Cristo se cumplió el día de Pentecostés. Los Apóstoles, en el Cenáculo de Jerusalén, *perseveraban unánimes en oración, junto con María la Madre de Jesús* ¹³. Y así, estando también la Virgen entre ellos, *del Cielo vino el Consolador, el Vigilante, el Santificador de la Iglesia, el director de almas, el piloto en las tormentas, la luz en los falsos caminos, el juez que da el premio a los que vencen* ¹⁴. Como escribió nuestro Padre, los discípulos, que ya eran testigos de la gloria del Resucitado, experimentaron en sí la fuerza del Espíritu Santo: sus inteligencias y sus corazones se abrieron a una luz nueva (...). Sabían que sólo en Jesús podían encontrar palabras de vida eterna, y estaban dispuestos a seguirle y a dar la vida por El, pero eran débiles y, cuando llegó la hora de la prueba, huyeron, lo dejaron solo. El día de Pentecostés todo eso ha pasado: el Espíritu Santo, que es espíritu de fortaleza, los ha hecho firmes, seguros, audaces. La palabra de los Apóstoles resuena recia y vibrante por las calles y las plazas de Jerusalén ¹⁵. Inmediatamente empiezan la predicación: aquel mismo día habla Pedro a las turbas congregadas en Jerusalén para celebrar la fiesta, y se convirtieron cerca de tres mil personas ¹⁶.

A partir de entonces, la Iglesia de Dios ha ido creciendo y desarrollándose bajo el amparo del Espíritu Santo. *La venida solemne del Espíritu en el día de Pentecostés no fue un suceso aislado* ¹⁷. San Lucas nos dice que *la Iglesia (...) se iba estableciendo y procediendo en el temor del Señor, llena de los consuelos del Espíritu Santo* ¹⁸; tal llega a ser la presencia patente del Espíritu divino en los primeros años de la historia

(12) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia*, 30.

(13) *Act.* I, 14.

(14) San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 17, 13.

(15) *Es Cristo que pasa*, n. 127.

(16) Cfr. *Act.* II, 41.

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 127.

(18) *Act.* IX, 31.

de la Iglesia, que se ha dado en llamar a los Hechos de los Apóstoles el *evangelio del Espíritu Santo*.

Santificador de las almas

La fuerza y el poder de Dios iluminan la faz de la tierra. El Espíritu Santo continúa asistiendo a la Iglesia de Cristo (...). Por grandes que sean nuestras limitaciones, los hombres podemos mirar con confianza a los cielos y sentirnos llenos de alegría: Dios nos ama y nos libra de nuestros pecados. La presencia y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia son la prenda y la anticipación de la felicidad eterna, de esa alegría y de esa paz que Dios nos depara ¹⁹.

Ahora como el día de Pentecostés, el Espíritu de Dios actúa en la Iglesia con una misión que es Amor, porque así como la Tercera Persona de la Trinidad es vínculo de amor que une al Padre y al Hijo, así también une amorosamente la Iglesia con Cristo, el cuerpo con la Cabeza, pues Cristo *es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia* ²⁰. Por la gracia del Espíritu Santo que se nos infunde en el Bautismo, entramos a formar parte de la familia cristiana; y por el amor que derrama en nuestros corazones nos mantenemos unidos a la Iglesia y, por ella, a Cristo, formando el Cuerpo Místico, ya que *donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios está la Iglesia y la comunidad de gracia* ²¹.

Sabemos —así nos lo enseña la fe— que las acciones de Dios en las criaturas (las operaciones *ad extra*) pertenecen a toda la Trinidad. Tanto la creación, como la redención, o la santificación de las almas son obras perfectas de la Trinidad Santísima, que *habita en nosotros y su caridad es consumada en nosotros* ²². Pero sin ser propia ni exclusiva del Espíritu Santo la obra de santificación, se le apropia este efecto por razón de una

(19) *Es Cristo que pasa*, n. 128.

(20) *Colos.* I, 18.

(21) San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 3, 14.

(22) *1 Ioann.* IV, 13.

mayor semejanza con lo propio del Espíritu Santo, que es ser amor y nexo, unión entre el Padre y el Hijo. *Así como efecto de la misión del Hijo fue conducir al Padre, así también efecto de la misión del Espíritu Santo es llevar los fieles al Hijo* ²³.

Al habitar en nuestra alma en gracia, el Espíritu Santo nos introduce en la vida íntima de Dios mismo: graba en nosotros el sello espiritual de los hijos, asemejándonos al Hijo Unigénito. *Si tenemos relación asidua con el Espíritu Santo, nos haremos también nosotros espirituales, nos sentiremos hermanos de Cristo e hijos de Dios, a quien no dudaremos en invocar como a Padre que es nuestro* (Cfr. Galat. IV, 6; Rom. VIII, 15) ²⁴.

El Espíritu Santo es el que nos une a Cristo, convirtiéndonos en Cristo, haciéndonos otros Cristos. *El Espíritu nos hace cristiformes mediante su fuerza santificadora. El es verdaderamente como la figura o estructura de Cristo, Salvador nuestro, y nos imprime por sí mismo la imagen de Dios* ²⁵.

Nuestra santificación, y la santificación de las almas que tratamos, y la de la Iglesia entera, es obra del Espíritu Santo. Amad mucho —concluía nuestro Padre— a la tercera Persona de la Santísima Trinidad ²⁶.

Tenemos que aprender a encomendarnos y a tratar al Espíritu Santo. Sin El somos incapaces de hacer siquiera un acto de amor, no podemos ni pronunciar una jaculatoria, pues *nadie puede confesar que Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo* ²⁷. El ilumina nuestra inteligencia y mueve nuestro corazón. El, por medio de sus dones, nos hace dóciles a las mociones divinas en el alma, a las insinuaciones de la gracia, que preparan y realizan una nueva conversión.

Al considerar esta acción constante y santificadora que el Paráclito desarrolla en el alma por la gracia, adquiere tono de urgencia la amonestación de nuestro Padre: *amad a la Tercera Persona de la Trinidad Beatísima: escuchad en la intimidad de vuestro ser las mociones divinas —esos alientos, esos reproches—, caminad por la tierra dentro de la luz*

(23) Santo Tomás, *Super Ioannis evangelium lectura* 14, 26.

(24) *Es Cristo que pasa*, n. 136.

(25) San Cirilo de Alejandría, *Sermo Paschale*.

(26) De nuestro Padre.

(27) I Cor. XII, 3.

derramada en vuestra alma: y el Dios de la esperanza nos colmará de toda suerte de paz, para que esa esperanza crezca en nosotros siempre más y más, por la virtud del Espíritu Santo (cfr. Rom. XV, 13) ²⁸.

El Espíritu Santo y la Iglesia

El Espíritu Santo, Espíritu de verdad, además de obrar nuestra santificación personal, asiste de un modo especial a toda la Iglesia, preservándola del error cuando propone a los fieles la doctrina que Cristo entregó para su salvaguarda y custodia.

Jesús lo había prometido a los Apóstoles en la Última Cena: *si me amáis, observad mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente* ²⁹; y es que nadie puede cumplir una ley, si no la conoce. En los Apóstoles, Jesús exige a todos los cristianos que le amemos y que demostremos nuestro amor con obras, cumpliendo lo que El nos ha mandado. Por eso era convenientísima la venida del Espíritu Santo. *Os conviene que yo me vaya* —dice Jesús— *porque, si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré* ³⁰. El mantendrá en la memoria de los Apóstoles todas las cosas que les enseñó el Maestro, y además les enseñará verdades que desconocen. El Espíritu Santo, *que habló por los profetas* ³¹, habla también por los Apóstoles. La Sagrada Escritura, del Antiguo y del Nuevo Testamento, juntamente con la Tradición divina, que se conserva y se transmite en la sucesión apostólica de la Iglesia de Cristo, son la fuente clara donde todos —fieles y Pastores— encontramos la Palabra revelada por Dios para nuestra salvación ³².

La especial asistencia del Espíritu Santo recae principalmente en la Cabeza visible de la Iglesia, el Papa, ya que *fue el mismo Dios el que quiso que uno solo fuese el jefe de todos y a la vez supremo e infalible*

(28) *Es Cristo que pasa*, n. 133.

(29) *Ioann.* XIV, 15-16.

(30) *Ioann.* XVI, 8.

(31) Símbolo niceno-constantinopolitano, Denz. 86 (150).

(32) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Dei Verbum*, nn. 7-10.

maestro³³. Dentro de la Iglesia, el Romano Pontífice, cuando habla “*ex cathedra*” —o sea, cuando cumpliendo con su encargo de pastor y doctor de todos los cristianos, por su suprema autoridad apostólica, define que una doctrina sobre la fe y las costumbres debe sostenerse—, por la asistencia divina que le fue prometida en la persona de San Pedro, goza de la infalibilidad con que el divino Redentor quiso proveer a su Iglesia³⁴.

Se trata del magisterio extraordinario o solemne, que la Iglesia emplea para exponer o defender algún punto fundamental de doctrina; magisterio que suele desarrollarse por medio de las definiciones que el Papa promulga —generalmente, en los Concilios Ecuménicos— y al que debemos el más absoluto asentimiento de fe divina.

El Espíritu Santo asiste también al magisterio ordinario de la Iglesia, que comprende la predicación unánime —más que matemática, moral— de los Obispos en comunión con el Romano Pontífice; la praxis ritual-litúrgica a lo largo de los siglos, donde la fe poseída se vive y se manifiesta como en un espejo fiel. El testimonio unánime de los Santos Padres es criterio infalible de fe, mientras que la doctrina común de Doctores y teólogos es indicativa de las opiniones seguras, de modo que es temerario oponerse a algún punto de ella sin una razón muy seria.

En el magisterio vivo —el solemne y el ordinario— de la Iglesia, tenemos todos los cristianos la regla próxima de fe que el Espíritu de Dios certifica, y a la que debemos adherirnos con confianza e incondicionalmente: *si vivimos por el Espíritu de Dios, procedamos también según el mismo Espíritu*³⁵.

Fuera de las verdades reveladas, y de las que se derivan directamente de ellas, Dios ha dejado un amplísimo campo a la libre opinión de los hombres: *el Señor es espíritu, y donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad*³⁶. Podemos formar, por tanto, con libertad nuestro criterio en materia social, política, económica, artística... Pero, como todo está ordenado a la gloria de Dios, existen aspectos de estas cuestiones que se

(33) León XIII, Litt. enc. *Immortale Dei*, 1-XI-1885.

(34) Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 4, Denz. 1839 (3074).

(35) *Galat.* V, 25.

(36) *II Cor.* III, 17.

relacionan o pueden relacionarse íntimamente con la fe y la moral; de manera que sostener una determinada opinión a veces implica sostener —y difundir— principios contrarios a las verdades custodiadas por la Iglesia. Como es lógico, la Iglesia, movida y apoyada en la asistencia continua del Espíritu Santo, interviene entonces señalando directrices o indicando desviaciones que deben evitarse, por ser incompatibles con los principios revelados y con una conducta realmente cristiana, y todo en nombre del Espíritu de verdad, como escribían a los fieles de la dispersión los Padres del primer Concilio que presidió San Pedro: *ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros otra carga, fuera de éstas que son precisas* ³⁷.

Docilidad a la doctrina de la Iglesia

Esta asistencia continua del Espíritu Santo a la Iglesia es fundamento de nuestra adhesión al magisterio, como advertía San Pablo a los Corintios: *que vuestra fe no estribe en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios* ³⁸. Es ésta la razón de nuestra seguridad confiada, de nuestra adhesión al magisterio y a las directrices de la Iglesia. *Hijos míos —nos ha dicho nuestro Padre—, siempre seguros, tranquilos, serenos, aunque veáis la flaqueza de los instrumentos de que Dios se sirve. A la Iglesia la gobierna el Espíritu Santo. Este pensamiento os llenará de fortaleza y de paz* ³⁹.

Estando la Iglesia gobernada por el Espíritu Santo, es justo que correspondamos con una disposición de docilidad, con una actitud interna de perfecta adhesión, con deseo de secundar la doctrina de la Iglesia con *una obediencia interior, que es la verdadera obediencia* ⁴⁰, y que se manifiesta en una sumisión total e incondicionada, pues si no es *absoluta y enteramente perfecta, tendrá la apariencia de obediencia, pero no la realidad* ⁴¹. Una plena obediencia de fe que debe abarcar no sólo las so-

(37) Act. XV, 28.

(38) I Cor. II, 5.

(39) De nuestro Padre.

(40) Clemente XI, Const. apost. *Vineam Domini*, 16-VII-1705, Denz. 1350 (2390).

(41) León XIII, Litt. enc. *Sapientia christiana*, 10-I-1890.

lemnes definiciones dogmáticas, sino también las verdades propuestas por el magisterio ordinario y universal. *Han de creerse con fe divina y católica todas aquellas cosas que se contienen en la Palabra de Dios escrita o recibida por Tradición, y que son propuestas por la Iglesia para ser creídas como divinamente reveladas, ya por solemne juicio, ya por su ordinario y universal magisterio* ⁴². Además, han de recibirse con un religioso asentimiento interior las enseñanzas que, sin ser dogma de fe, se contienen en la doctrina católica común, sobre todo en el Magisterio ordinario del Romano Pontífice ⁴³.

Por cristianos, tenemos el deber de estudiar y conocer la doctrina de la Iglesia, procurando comprenderla y hacerla vida de nuestra vida, de modo que influya en la conversación y en la actuación profesional, social...; se ha de notar que somos cristianos unidísimos a la Iglesia y al Papa. Y para eso necesitamos la ayuda del Espíritu Santo, pues *el Hijo, siendo el Verbo, nos entregó la doctrina; pero el Espíritu Santo nos hace capaces de entenderla* ⁴⁴.

También hemos de recurrir al divino Paráclito para que ilumine siempre a los que gobiernan la Iglesia. *Ven, Espíritu Santo, y envía desde el cielo un rayo de luz. Ven, Padre de los pobres; ven, dador de las gracias; ven, lumbre de los corazones* ⁴⁵. Todos podemos y debemos colaborar de algún modo, y este modo, por nuestra condición de cristianos corrientes, es el de la oración: una oración esperanzada en esa acción de gobierno del Espíritu de Dios sobre su Iglesia, y que tiene como fruto la alegría y la paz, como nos dice San Pablo: *el Dios de la esperanza os colme de toda suerte de gozo y de paz en vuestra fe, para que crezca vuestra esperanza siempre más y más por la virtud del Espíritu Santo* ⁴⁶.

Hoy, cuando el mundo está agitado por tantas dudas y por tanto afán de novedades; cuando se levantan por doquier olas gigantes de inmoralidad, de doctrinas mentirosas que prometen lo que no pueden dar, y engañan a los hombres, y amenazan —es ilusión— anegar la barca de Pedro, ¿con qué confianza podemos los cristianos mirar ese mundo re-

(42) Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3, Denz. 1792 (3011).

(43) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25.

(44) Santo Tomás, *Super Ioannis evangelium lectura* 14, 26.

(45) Domingo de Pentecostés, *Secuencia*.

(46) *Rom.* XV, 13.

vuelto!: *envía tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra* ⁴⁷. Es ésta la misión de los cristianos: renovar la faz de la tierra con el impulso vivificador del Espíritu Santo.

Pero esta fe nuestra en el Espíritu Santo ha de ser plena y completa: no es una creencia vaga en su presencia en el mundo, es una aceptación agradecida de los signos y realidades a los que, de una manera especial, ha querido vincular su fuerza (...). No puede haber por eso fe en el Espíritu Santo, si no hay fe en Cristo, en la doctrina de Cristo, en los sacramentos de Cristo, en la Iglesia de Cristo. No es coherente con la fe cristiana, no cree verdaderamente en el Espíritu Santo quien no ama a la Iglesia, quien no tiene confianza en ella, quien se complace sólo en señalar las deficiencias y las limitaciones de los que la representan, quien la juzga desde fuera y es incapaz de sentirse hijo suyo ⁴⁸.

Los cristianos renovaremos verdaderamente la faz de la tierra si mantenemos nuestra fe incommovible, según la doctrina clara y limpia de nuestra Madre la Iglesia Santa. Sin tolerancia con el error y, al mismo tiempo, con una gran comprensión para las personas. *Transigimos en todo lo nuestro, pero en el depósito de la Iglesia, como no es nuestro, no podemos transigir; en las cosas de Dios es la Iglesia la que dice que sí o que no* ⁴⁹.

El depósito de la fe, como todas las cosas santas, lo guarda y lo aclara la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo; no es cosa opinable. Y el mismo Espíritu, celoso de la revelación y de la buena doctrina, es también Espíritu de caridad que nos impulsa a ser comprensivos con las personas, quienes quiera que sean, porque *la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo* ⁵⁰. La misma asistencia del Paráclito a su Iglesia, que funda nuestra firme adhesión a la doctrina católica, y por tanto nuestra *santa intransigencia* con el error —sin derecho a compromisos tácticos—, funda también la caridad más cordial y llena de comprensión con las personas. El mismo fuego apostólico que el Espíritu Santo pone en la Iglesia y en sus hijos fieles, nos

(47) Ps. CIII, 30-31.

(48) *Es Cristo que pasa*, n. 130.

(49) De nuestro Padre.

(50) Rom. V, 5.

lleva a amar y procurar la salvación de todas las almas sin excepción, y —también para eso— a entregarles, con don de lenguas, con prudencia sobrenatural, pero sin tergiversaciones, el depósito íntegro de la fe salvadora, de la doctrina de Cristo.

Tratar al Espíritu Santo

Hemos de tratar con particular asiduidad, con piedad esmerada, al Espíritu Santo. Le pediremos, llenos de confianza, con la profunda serenidad de la fe y con el ímpetu de la caridad, que asista y dirija a su Iglesia Santa: al Papa y a todos sus colaboradores en el gobierno, a los Obispos y a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los fieles, porque la Iglesia la formamos todos. Nos ayuda la liturgia, al poner en nuestros labios súplicas llenas de fervor: *lava lo que está sucio, riega lo que está seco, sana lo que está enfermo. Doblega lo que está rígido, inflama lo que está frío, rige lo extraviado. Da a tus fieles, que en ti confían, el septiforme don* ⁵¹.

Pidamos, pues, a Dios Espíritu Santo sus siete dones sagrados: *otórganos el don de entendimiento, que nos perfeccione en la inteligencia de los misterios de la fe; el don de sabiduría que, fruto de una perfecta caridad, mejore nuestro conocimiento gustoso de Dios y de todo cuanto a Dios se ordena y de Dios procede; el don de ciencia, que nos haga comprender rectamente lo que son y lo que han de ser las cosas creadas, según los designios divinos de la creación y de la elevación al orden sobrenatural; el don de consejo, para que, juzgando bien sobre lo que es la voluntad de Dios en cada momento y para cada uno, podamos también aconsejar a los demás; el don de temor, que haciéndonos aborrecer todo pecado, imprima en nuestro corazón el espíritu de adoración y una profunda y sincera humildad; el don de fortaleza, que nos haga firmes en la fe, constantes en la lucha y fielmente perseverantes en la Obra de Dios; el don de piedad,*

(51) Domingo de Pentecostés, Secuencia.

que nos dé el sentido de nuestra filiación divina, la conciencia gozosa y sobrenatural de ser hijos de Dios y, en Jesucristo, hermanos de todos los hombres ⁵².

El Espíritu Santo, con su asistencia segura a la Iglesia, y con su acción santificadora en las almas —entendimiento y voluntad— nos llevará a la cumbre de la vida sobrenatural, de la participación gozosa del misterio de la Santísima Trinidad, que es el fin de nuestra vida. Por eso la Iglesia celebra, pocos días después de Pentecostés, como un fruto de la acción del Paráclito en los hombres, el misterio de la Trinidad Beatísima.

* * * * *

El término de la acción de la Iglesia en la tierra será la alabanza eterna a la Trinidad en el Cielo, y a eso se ordena su triple potestad de orden, de jurisdicción y de magisterio; de la misma manera, el término de nuestra lucha ascética, de nuestro progreso en el conocimiento de la doctrina de Jesucristo, y de nuestra acción apostólica, está en alcanzar esa participación en la vida íntima de Dios por el conocimiento, el amor y el gozo. Por todo eso, para que ese término universal de la acción de toda la Iglesia se alcance, para que todo cuanto hagamos a él se ordene —rectitud de intención y dé eficacia—, hemos de tratar al Espíritu Santo, pedirle su asistencia y ser dóciles a sus mociones.

Frecuenta el trato del Espíritu Santo —el Gran Desconocido— que es quien te ha de santificar.

No olvides que eres templo de Dios. —El Paráclito está en el centro de tu alma: óyele y atiende dócilmente sus inspiraciones ⁵³.

(52) De nuestro Padre, *Consagración al Espíritu Santo*.

(53) *Camino*, n. 57.